

en cambio, las ruminaciones metafísicas del profesor. Y esto mientras pueda seguir vivo en los pliegues de mi alma, sellado de silencio, siempre solo entre la multitud: el Escritor.

GIOSE RIMANELLI
University of New York
Department of Hispanic and Italian Studies
Hum. 232
1400 Washington Av.
ALBANY, N. Y. 12222
U.S.A.

(Traducción de ALICIA DE COLOMBÍ-MONGUIO.)

- SHATTUCK, ROGER: «The Poverty of Modernism». *The New Republic*, march 14, 1983.
—: *The Banquet Years*, New York: Vintage, 1968.
SAID EDWARD W.: «Traveling Theory», *Raritan*, 1, núm. 3, 1982.
—: «The Problem of Textuality: Two Exemplary Positions.» *Critical Inquiry*, 4, 1978.
—: «Reflections on Recent American “Left” Literary Criticism», *Boundary 2*, 8, núm. 1, 1979.
A. BOVE, PAUL: «Intellectuals at War: Michel Foucault and the Analytics of Power.» *Substance*, núm. 37-38, 1983.
MEGILL, ALLAN: «Foucault, Structuralism, and the Ends of History», *Journal of Modern History*, 51, 1979.
DE MAN, PAUL: *Blindness and Insight*, Oxford Univ. Press, 1971.
CULLER JONATHAN: *The Pursuit of Signs*, London: Routledge and Kegan Paul, 1981.
—: *On Deconstruction*, Cornell Univ. Press.
MILLER J. HILLIS: *Fiction and Repetition*, Harvard Univ. Press.
—: «The Critic as Host.» in *Deconstruction and Criticism*. E. Geoffrey Hartmen, New York: Seabury, Press.
RYAN, MICHAEL: *Marxism and Deconstruction*. The Johns Hopkins Press.
BLOOM HAROLD: *Deconstruction and Criticism*, New York: Continuum, 1979.
C. BOOTH, WAYNE: *Critical Understanding*, Chicago: Univ. of Chicago Press, 1979.
—: «The Limits of Pluralism.» *Critical Inquiry* 3, 1977.
FISH, STANLEY: *Is There a Text in This Class?* Cambridge: Harvard Univ., Press, 1980.
—: «One More Time.» *Critical Inquiry* 6, 1980.
FOUCAULT, MICHEL: «What Is an Author?» In *Textual Strategies*, Ed. Josué V. Harari, Ithaca, New York: Cornell Univ. Press, 1979.
HIRSH, E. D.: *Validity in Interpretation*, New Haven: Yale Univ. Press, 1976.
N. HOLLAND, NORMAN: *5 Readers Reading*, New Haven: Yale Univ. Press, 1975.
JAMES, WILLIAM: *A Pluralistic Universe*, 1909; rpt. Cambridge: Harvard Univ. Press, 1977.
LÉVI-STRAUSS: *Structural Anthropology*, New York: Anchor-Doubleday, 1967.
SANDERS PEIRCE, CHARLES: *Collected Papers*, Ed. Charles Hartshorne and Paul Weiss, 1934; rpt. Cambridge: Harvard Univ. Press, 1965.
SPITZER, LEO: *Linguistics and Literary History*, Princeton: Princeton Univ. Press, 1972.
WELLEK, RENE: «The New Criticism: Pro and Contra.» *Critical Inquiry* 4, 1978.
B. ARMSTRONG, PAUL: «The Conflict of Interpretations and the Limits of Pluralism.» *PMLA*, Vol. 98, núm. 3, 1983.
DERRIDA, JACQUES: *La Dissemination*, Paris: Editions du Seuil, 1972.
RIMANELLI, GIOSE: *Il mestiere del furbo*, Milano: Sugar, 1959.
—: *Graffiti*, Isernia: Marinelli, 1977.
CALVINO, ITALO: «The Written and the Unwritten Word.» *The New York Review of Books*, May 12, 1983.
FREUD, SIGMUND: *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of S. F.*, 24 Vols., trans. James Strachey, London: 1953.

Una literatura del interior: el noroeste argentino

Pero quien se mueve de su patria pierde la voz, pierde el color de los ojos, ya no se llama igual. Y aunque logre afortunarse tampoco ya es el mismo, tiene otro color de piel y de noche y aun de día sueña siempre un mismo sueño que le está recordando alguna cosa dulce y perdida.

HÉCTOR TIZÓN

La distancia siempre ha hecho perder de vista los matices hasta el punto que, desde España, Latinoamérica resulta un perfil uniforme que abarca desde la Patagonia hasta Méjico. Si poco se aprecian las diferencias entre los países (enormes territorios en muchos casos), menos aún se perciben las que indudablemente hay, dentro de un mismo país, entre sus regiones. Recíprocamente ocurre lo mismo. Desde cualquier punto de América se ignora que hayan distinciones relevantes entre Galicia y Cataluña, por poner un ejemplo. Pero dejo el análisis del desconocimiento mutuo entre España y América, o del conocimiento en base a tópicos, que no es sino una forma más de la ignorancia, y paso al tema del noroeste argentino y su literatura, motivo de este trabajo.

Argentina es con frecuencia el país del tango, del compadrito, de la pampa y del asado. A este tópico, que define sólo lo rioplatense, no responde la mayor parte de su territorio: el postergado y desconocido «interior», extraño hasta para los mismos porteños.

El noroeste se destaca como una zona de personalidad, nítidamente diferenciada del Río de la Plata y de otras áreas del mapa nacional. Es una de las «regiones naturales» del país, lo que implica un aspecto físico, un microclima y una ecología determinados, como también una historia y una visión particular del mundo. Su ubicación geográfica es definitiva: el ángulo que limita con Chile y Bolivia está determinado por la condición desértica y fría de la alta meseta puneña y de los Andes, aunque también incluye territorios de clima tórrido y vegetación exuberante en las zonas bajas y tropicales. Comprende fundamentalmente las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán y parte norte de Catamarca; y son la preponderancia de la población mestiza y la vigencia de las tradiciones indígenas y coloniales lo que lo aproximan a las culturas de Bolivia y Perú, de fuerte raigambre indígena, más de lo que se cree en la europeizada Buenos Aires.

Frente a la prosperidad y a la riqueza de la «pampa húmeda», y al vértigo cosmopolita del sur, el norte significa quietud, pobreza, arraigo, identidad: un ambiente austero y ensimismado que concuerda con el paisaje yermo de unas tierras altas y frías, casi despobladas.

Cuando se estudia o selecciona literatura argentina desde el extranjero, se recurre casi siempre a la del Río de la Plata, y se olvida la del interior. Este olvido, disculpable por la distancia de la que se habló al comienzo, forma parte, sin embargo, de una amnesia nacional: la postergación de las letras del interior es constante en Argentina, salvo excepciones esporádicas que responden más a motivos extraliterarios. Buenos Aires (que guste o no, decide la vida cultural de la nación) está acostumbrada a contemplarse a sí misma y a vivir de espaldas al resto del país, mientras se abre ávida hacia Europa; actualmente, tras sucesivos fracasos nacionales (económicos, morales, bélicos), la gran metrópoli se siente insegura porque ha sido defraudada por la Europa a la que siempre admira y en la que busca sus raíces y su identidad; entonces se acuerda de Latinoamérica, redescubre el interior y, consecuentemente, su literatura. Pero al ser un acto repentino, nacido del despecho o de la perentoria necesidad, es probable que este rescate de los escritores de provincia sea más una moda pasajera, para calmar el ansia de novedad (virtud y defecto superlativos de esta ciudad) y llenar el vacío que dejó lo importado, que un acto de justicia estable. Por su parte, el interior, con su pecado de omisión, no es menos culpable: pasivo y abúlico, se deja estar al margen del país y no lucha (o no sabe hacerlo) para ocupar el lugar desde el que tendría la obligación de enriquecer y matizar, con sus peculiaridades, el mosaico nacional.

Pero la literatura del interior existe, y tiene carácter y calidad. La del noroeste, aunque desconocida y mal difundida (salvo excepciones), porque participa de la postergación de la región, es, sin embargo, un cuerpo con identidad y autonomía, a la vez que articulado con la literatura nacional e hispanoamericana de las que, lógicamente, forma parte. Se sitúa en el punto de unión de dos vertientes de la literatura hispanoamericana que sintetiza, por un lado, el realismo mestizo y rural de los pueblos de fuerte tradición indígena, y, por otro, el vanguardismo urbano del Río de la Plata.

Para representar a la narrativa actual del noroeste he escogido las obras del jujeño Héctor Tizón¹, del tucumano Juan José Hernández², y del salteño Carlos Hugo Aparicio³, quien, aunque nació en La Quiaca, provincia de Jujuy, desarrolla una literatura decididamente salteña.

¹ TIZÓN HÉCTOR (Jujuy, 1929) es abogado y su residencia en Yala (Jujuy) ha sido interrumpida varias veces por viajes o estancias más o menos largos en el extranjero. Publicó cuentos: *A un costado de los rieles* (1960), *El jactancioso y la bella* (1972), *El traidor venerado* (1978); novelas: *Fuego en Casabindo* (1969), *El cantar del profeta y el bandido* (1972), *Sota de bastos, caballo de espadas* (1975); novelas inéditas: *La casa y el viento* (de próxima aparición en editorial Legasa), *El viejo soldado*; cuentos inéditos en libro, aparecidos en revistas y periódicos: *Una huella minúscula y difusa* (febrero, 1980), *Los árboles* (abril, 1980), *Un pariente lejano* (marzo, 1982); historia: *La España borbónica* (1978).

² HERNÁNDEZ JUAN JOSÉ (Tucumán, 1931), emigró muy joven a Buenos Aires donde trabaja como periodista. Publicó cuentos: *El inocente* (1965), *La favorita* (1977), *La señorita Estrella y otros cuentos* (1982); novela: *La ciudad de los sueños* (1971); poesía: *Negada permanencia y La siesta y la naranja* (1952), *Claridad vencida* (1957), *Elegía, naturaleza y la garza* (1966), *Otro verano* (1966).

³ APARICIO CARLOS HUGO (La Quiaca, 1935), vive ininterrumpidamente desde los trece años en Salta, donde trabaja como empleado en un comercio. Publicó cuentos: *Los bultos* (1974), *Los bultos* (1978, reedición ampliada), *Sombra del fondo* (1982); poesía: *Pedro Orillas* (1965), *El grillo ciudadano* (1968), *Andamios* (1980); novela inédita: *Trenes del sur*.

Esta selección, que ha dejado al margen obras valiosas de otros escritores, ha tenido en cuenta la variedad y complementación de la producción de los autores escogidos, lo que hace posible tener un panorama, si no exhaustivo, al menos abarcador, de las características contextuales y lingüísticas de la narrativa local.

He preferido el calificativo de narrativa del *noroeste* al de *regional* para eludir el matiz restrictivo, cuando no peyorativo, con que se usa frecuentemente el término *regional* aplicado a esta materia. De este modo, y sin limitarse el alcance de la misma a los escritores que viven en la región, la expresión *narrativa del noroeste* singulariza y reagrupa, dentro de la producción nacional, a unos escritores que, residentes en la zona (como Aparicio), viajeros (como Tizón), o transterrados (como Hernández), practican su selección contextual, agencial y lingüística sobre distintas franjas de una misma área sociocultural, y ordenan mundos narrativos autónomos pero complementarios.

Existen entre estos escritores lazos intrínsecos que los identifican como partícipes de un ámbito geocultural y sociolingüístico común, cuyas formas culturales profundas (sociales, económicas, éticas, míticas, simbólicas, léxicas, etc.) afloran o subyacen en las obras de ficción. Hay además un parentesco en la manera de mirar y de entender la situación local, con lucidez crítica, a la vez que con afectividad. Un fondo común los aúna como partícipes de un determinado momento histórico y como interlocutores válidos del diálogo de su época, porque, como decía Yeats, el hombre es más de su tiempo que de su lugar, y los signos de una época, como también la perspectiva contemporánea, son puntos de contacto entre estos escritores, sobre todo en cuanto a la implementación de recursos técnicos y de formas narrativas.

Frente a estas características comunes, las diferencias que los individualizan tienen que ver con las obsesiones, las afinidades y el idiolecto personal de cada autor, que incriminan su elección por un ambiente, por un núcleo social determinado, por una de las caras de ese mismo mundo referencial.

El espacio narrativo

Tizón prefiere el campo y los pueblitos de tierras altas, el espacio desolado de la Puna y algunas franjas rurales de los valles intermedios de la provincia de Jujuy. Cuando sitúa alguno de los relatos en la ciudad o en la zona baja y tropical de los ingenios azucareros, se trata de una elección esporádica que sirve para marcar un contraste con el espacio rural, frío y devastado, que predomina en su narrativa.

En este ámbito rural se aloja una población fantasmal de hombres ensimismados y de muertos. Al margen de la historia, refugiados en la memoria de un pasado esplendor irrecuperable, conservan las tradiciones indígenas regidas por una lógica, una axiología, una concepción del mundo y del hombre, diferentes de la occidental, con la que, sin embargo, conviven.

El choque cultural entre dos mundos, los fragmentos impuestos por la cultura dominante (generalmente formales y a nivel superficial), los elementos no interiorizados rechazados por una fidelidad al antiguo orden, el orgullo y la desolación de un